

Fernando Armellini

LOS SALMOS
DE LA
ALEGRÍA





Presentación

A menudo suele suceder que, al observar a un niño, distinguimos en su rostro rasgos similares a los de sus padres. Es más, si nos entretenemos en una conversación con él, nos daremos cuenta de que ese parecido no se limita a los rasgos faciales. También se ven semejanzas en el carácter, los gustos, intereses e ideales de vida. En los niños podemos detectar incluso el timbre de voz y la forma como papá y mamá gesticulan y sonríen.

Estos comportamientos no se aprenden en cursos o lecciones teóricas, sino que son el fruto de una experiencia de vida. El niño aprende porque está atento a cada gesto e interioriza cada palabra de sus padres. A medida que crece, no habla con ellos solo cuando quiere

conseguir algo; establece un diálogo abierto y sincero para mantenerse en plena sintonía de intenciones y proyectos con su familia.

Orar, precisamente, es entrar en esta relación íntima de familiaridad y confianza con el Señor, significa conversar con Él, expresarle las preocupaciones y esperanzas, elegirlo como confidente en cada decisión. La oración no es una repetición mecánica y tediosa de fórmulas, sino una inmersión total en los pensamientos y designios del amor de Dios.

Para construir y mantener esta íntima comunión de vida con el Señor, los israelitas se servían de la oración de los salmos.

El libro de los Salmos es el texto del Antiguo Testamento más amado por judíos y cristianos. De hecho, el poeta judío André Chouraqui decía: «Nacemos con este libro en nuestras entrañas».

Jesús era judío y es casi seguro que conocía de memoria los 150 salmos. Su espiritualidad, su relación con el Padre estuvo marcada por la recitación y meditación diaria de los salmos. Ellos son la voz de la esposa Israel que se dirige al Señor, su esposo, lo alaba y lo bendice; a veces, le ruega insistentemente; en otras ocasiones, desahoga ante Él su dolor entre lágrimas, y, con frecuencia, implorando su ayuda.

En los salmos, están presentes la experiencia de vida y la historia de un pueblo. Ellos hablan de cazadores que ponen trampas, de enemigos, de guerras e injusticias, pero también de las alegrías de quien vive en armonía con Dios, de quien contempla las maravillas de la creación y es feliz porque tiene la certeza de que el Señor vela por él.

La alegría es el motivo que nos ha guiado en la selección de los salmos que proponemos en este libro.

Son oraciones para los momentos en que queremos cantar, bailar, expresar nuestra admiración y gratitud a Dios. Pero también son aptos para momentos tristes, de desánimo.

Cuando estamos decepcionados y amargados, rezar los salmos de la alegría es la mejor manera de desintoxicarnos de nuestras angustias. El diálogo con Dios es siempre fuente de serenidad y paz.





Salmo 1

¿Vale la pena ser justo?

¿La justa paga?

¿Por qué no adaptarse a la moral actual?

¿Cuáles son las elecciones que conducen a la felicidad?

Un sabio anciano que pasó su vida en una tierra desértica, pobre, árida y ardiente responde a nuestras preguntas con dos imágenes poéticas.

El justo —el que sigue los caminos del Señor— crecerá exuberante como un árbol plantado junto a un manantial. Será elegante como el tamarisco,

majestuoso como el cedro, fecundo como la granada.

En cambio, el malvado —el que se deja seducir por los goces efímeros del pecado— será como la paja que el viento esparce. No quedará rastro de su paso por este mundo.

Cuando uno tiene el amargo sentimiento de que los esfuerzos por ser consecuente con la propia fe no son recompensados, cuando uno ve que los astutos, los arribistas, los deshonestos tienen éxito y uno está tentado a pactar con el mal, es tiempo de meditar este salmo.

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión
de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor
y medita su ley día y noche.

Será como un árbol plantado
al borde de la acequia:
dará fruto a su tiempo
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
En el juicio los impíos no se levantarán,
ni los pecadores
en la asamblea de los justos;
porque el Señor protege
el camino de los justos,
pero el camino de los impíos
acaba mal.

Salmo 1

LOS SALMOS DE LA ALEGRÍA

Orar no consiste en una mecánica y tediosa repetición de fórmulas, sino entablar una relación de familiaridad y confianza con el Señor, sumergirse en los pensamientos y planes de amor que Él tiene para nosotros. Para edificar y mantener esta íntima comunión de vida con Dios, los israelitas oraban con los salmos. Incluso Jesús, los recitaba y meditaba diariamente. Este libro propone veintiún salmos de la alegría, precedidos de una breve introducción, con ellos puede acompañar los distintos momentos de la jornada.



ISBN: 978-9972-05-428-0



9 789972 054280